



UCHO se ha escrito acerca del carácter gallego, y se han dicho casi siempre verdades incompletas. Menos se ha ahondado en nuestra mentalidad, y rara vez se han echado de ver sus contradicciones. El paisano es, en todas partes, desconsoladoramente utilitario, y el gallego—el paisano es el gallego menos contaminado—muestra, además, una extraña indiferencia por la belleza plástica. Nuestro arte popular es pobre, y en su exterior se advierten detalles que significan un desprecio absoluto de la estética. El pintoresquismo nos ha ocultado muchas de estas cosas.

En notable contraste con esto, tenemos la extraordinaria riqueza del *folklore* musical y poético de Galicia. Nuestro pueblo parece especialmente dotado para la lírica y para el ensueño. Esto quiere decir que se trata de un pueblo introvertido, de gentes en las que predomina la vida interior, cuyos valores humanos residen en lo hondo, en las capas más profundas del alma. Nuestro paisano lleva dentro, todavía hoy, un mundo mítico extrañamente variado y vivo, un mundo de ensueño, que, merced a la particular estructura de nuestra mentalidad, que a los no gallegos ofrece un aspecto vago y nebuloso, interfiere con el mundo sensible de un modo natural y sencillo. El aspecto estético de la vida rural gallega reside aquí, más que en las costumbres, en el traje, en las industrias artísticas o en los bailes.

Nadie recuerda—si los hubo—los grandes mitos del pasado. En su busca fracasó nuestro historiador, Murguía. Pero hay una pequeña mitología llena de significación. El utilitarismo del paisano coexiste con un mundo poético de singular belleza.

Ni en Galicia ni en ninguna parte tienen historia los labriegos. Para el que trabaja la tierra, el mundo es siempre igual. Pero el gallego convive siempre con el pasado; vive en comunicación habitual con sus mayores, con los muertos.

Las almas de los muertos salen de noche en procesión, recorriendo los caminos aldeanos, las heredades, las encrucijadas. A esto se llama la *Santa Compañía*, la *Estadea*, la *Hueste*... Las ánimas llevan cirios encendidos, pero la cruz ha de llevarla un vivo, porque los muertos no pueden con ella; el que anda con la cruz no puede revelarlo a nadie; se le conoce porque palidece, adelgaza, pierde fuerzas; recibe las órdenes sin saber cómo; dondequiera que se encuentre, llega la hora y no puede sustraerse a la inquietud que lo impulsa a ir a la procesión; sólo puede librarse entregando la cruz a otro a quien encuentre descuidado en el camino. Alguno se ha obligado, por dinero, a sustituir al portador de la cruz. La Compañía va a las casas de los que van a morir...

En el fondo, y sin que los paisanos lo sepan, podemos encontrar aquí la idea de la «hueste» de parientes, amigos, vecinos—la relación de vecindad tiene gran importancia en la aldea gallega—, que acuden a recibirnos en el umbral del otro mundo. No se negará espiritualidad a esta idea.

Las almas de los muertos se aparecen también aisladamente a sus allegados. La muerte no rompe los lazos de la amistad ni del parentesco... Aquel a quien se aparece un alma, debe trazar en la tierra un círculo alrededor de sí, atravesado por una cruz—también sirve el *risco del Rey Salomón*—, y desde allí, requerirla en nombre de Dios. El alma pide sufragios, limosnas a los pobres, manda pagar deudas, restituir lo mal adquirido, cumplir peregrinaciones y ofertas que no ha cumplido en vida... Es como si no hubiera muerto, porque allí están sus familiares para cumplir su voluntad.

Incluso las almas condenadas se aparecen a los vivos: cuando han sido enterrados con un santo hábito, o con objetos benditos, no pueden entrar en el infierno, y sufren horriblemente. Vienen a que un vivo les *rache* el hábito, desde el consabido círculo, con una *fouce gata* de las que se usan para el tojo.

Los muertos conviven con los vivos. Pero no son los únicos espíritus que pululan por Galicia adelante. Cuando los ángeles rebeldes fueron expulsados del Paraíso, eran diez legiones. Nueve cayeron en el infierno; pero cuando la décima iba cayendo, se apiadó de ellos la Santísima Virgen. Entonces, San Miguel dijo: *Sursum corda*, y se cerraron las puertas del cielo y las del infierno, y aquella legión de espíritus quedó flotando en el aire.

Se los sienta algunas veces en el campo. En las casas, revuelven las cosas de noche: es el *trasno* (el *Troll* nórdico), a quien hay que dejar de noche una taza de perdigones o de maíz menudo, para que se entretenga en contarlos—sólo sabe contar hasta diez—y no arme estrépito; es el *tardo* (el *Alp* germánico), que se sienta en el pecho de los que duermen y les infunde pesadillas; es el *diño burlón*, que se aparece de noche a los mozos que van de *ruada*, en figura de caballo o de carnero, y les hace perder el camino, o los zambulle en el río, y a las mozas que van al molino, se les aparece en figura de niño pequeño, y ellas lo cogen, lo cuidan, y cuando están más descuidadas, pega un estallido o se encarama en las vigas, burlándose de ellas porque le calentaron el rabo; y a los viejos se les presenta en forma de saco o de *fol*, para que carguen con él, haciéndoseles cada vez más pesado, hasta que se despide dándoles las gracias... Otros se meten en el cuerpo de las personas y las obligan a decir palabras mal sonantes: son los *sucios*.

Acaso han sido en otro tiempo espíritus de los elementos los que hoy aparecen como personajes «encantados». En las fuentes, principalmente, hay doncellas hermosísimas. Unas veces se las ve incluso lavando en el río; otras no se las ve. Algún mozo que pasa, recibe una cita; llegado el momento, la *дона* se le aparece en figura de serpiente horrible: el mozo le ha de dar un beso o más (siete, por lo común, o nueve), o arrancarle con los dientes un *carabel* que trae en la boca; si lo hace, se hace dueño de la doncella desencantada y de sus riquezas; pero si se deja vencer por el miedo o el asco, la doncella le dirá: «Me has hecho desgraciada para siempre.»

Otras veces es un gallego que va a la siega a Castilla y encuentra allí un señor que le da tres panes o tres quesos, y le encarga que, sin que nadie sepa nada, los lleve a la fuente de Tal y allí diga tales palabras. El gallego es casado; a su regreso, va a su casa con los panes, y su mujer, curiosa como todas las mujeres, le registra el equipaje, encuentra los panes y come uno de los picos de uno de ellos. Al día siguiente va el hombre a la fuente, sin saber lo ocurrido; llama, sale una doncella, pone un

LOS MITOS Y LAS CIUDADES ...

POR VICENTE RISCO



pan en el suelo y se convierte en un hermoso caballo, en el cual huye; sale otra doncella mucho más hermosa y rica, pone el pan en el suelo y se vuelve otro caballo, y se va; pero al llegar la tercera, la más hermosa, la más rica, a su caballo le falta una pata. Se lamenta, y hace saber al hombre la fortuna que perdió; pero, al menos, le regala un cinturón para su mujer—el regalo de Medea—, cinturón que el hombre, desconfiado, prueba en un árbol: el árbol arde hasta convertirse en cenizas.

Cuentos de viejas, pero contados con una convicción conmovedora, como es conmovedora la piadosa comunicación con los muertos. Cuentos de viejas, pero cuentos que, en medio de una vida mezquina y pegada a la tierra, mantienen una llanita de ilusión y de idealismo.

Las leyendas referentes a *donas* encantadas son de una variedad inagotable, sin que sea posible dar aquí más que los dos ejemplos anotados. Son una de nuestras «razas míticas», la principal de las cuales es la de los moros que habitan en los castros, *mámoas* y otros monumentos prehistóricos o antiguos.

Es convicción universal de nuestros paisanos que los primitivos habitantes de Galicia fueron los moros, y que a ellos se deben todos los monumentos que hemos heredado de tiempos pretéritos. Los moros fueron los dueños del país, hasta que los expulsaron, bien el Apóstol Santiago, bien Carlomagno y los Doce Pares de Francia, especialmente Roldán, que en la tradición gallega, sin dejar de ser un guerrero, se ha convertido en un santo. Aunque textos castellanos tardíos de la gesta de los Pares se han leído y hasta aprendido de memoria en Galicia, hay que admitir una influencia muy temprana de la Crónica de Turpin.

Unas veces se dice que los moros, antes de abandonar España, dejaron sus tesoros enterrados en Galicia, pero lo más común es suponer que continúan viviendo entre nosotros, ocultos en viviendas subterráneas, pues ellos tienen unas palabras con las cuales hacen que la tierra se abra y se cierre cuando les convenga. Poseen riquezas inmensas, conocen todos los secretos de la magia, son de una tremenda fortaleza física—de muchos peñascos enormes se dice que han sido traídos en la cabeza por una mora vieja, que, al mismo tiempo, llevaba al brazo una cesta con la comida e iba hilando en la rueca—, pueden hacerse invisibles, echar encantos; se alimentan, a veces, de carne de cristiano; acuden a las ferias, sin que se los conozca, y mantienen, a veces, relaciones con los labriegos, pagando con largueza inusitada sus servicios, pero castigando cruelmente la revelación de sus secretos. Tienen muchísimo cuidado de no «volverse cristianos»; a veces, se aparece una vieja mora a una niña que guarda el ganado en el monte, y le pide que le peine, pero le advierte: *Non me cuspas na cabeza, que si non, vólvome cristiana*.

Los moros se hacen, a veces, la guerra unos a otros, de castro a castro. Las moras son, a veces, más crueles que los moros. En la feria de Orbán, un moro compró una yunta de bueyes y pidió al vendedor que le ayudase a llevarlos; al llegar al lugar de Salgueiriño, el moro golpeó la tierra con el pie y se abrió paso a un subterráneo, en el que penetraron con los bueyes; acudieron dos hijas del moro, armadas de cuchillos, y una de ellas se puso a olfatear y dijo: «Aquí me huele a carne de cristianillo vivo...» El moro, para evitar que sus hijas matasen a su compañero, respondió: *Non, miña filla, que é pan cocido*.

En cambio, en el monte das Cantariñas, en la Limia, una niña que andaba guardando el ganado se hizo amiga de una mora, la cual le regalaba carbones, encargándole que no dijese nada a nadie; los carbones, al llegar a casa, se convertían en oro. La madre de la chiquilla tanto preguntó, que la inocente criatura le contó todo. Al día siguiente fué al monte y no volvió. La madre, desconsolada, la anduvo llamando a voces sin encontrarla; por fin, de las peñas salió una voz: *A Mariquitña,—por lengoreteira,—está na miña barriga—fritida con allo e manteiga*.

Los arqueólogos modernos suponen que estos moros han venido a colocarse, en la tradición popular, en el lugar de los antiguos habitantes del país que, desde la cristianización, fueron llamados «paganos» o «gentiles», e identificados después, por idéntica razón de diferencia religiosa, con los moros. Es un proceso conocido.

Late en el fondo de este mito algo como una suerte de reminiscencia de un pasado misterioso y lleno de maravillas, que se ha perdido, acaso para siempre, idea que se expresa también en el de las «ciudades sumergidas»—Antioquía, en la laguna de la Limia, y las de Maside, Carregal, Doniños y otras varias—, sobre el que no podemos extendernos. El gallego vive con la añoranza de algo que no puede concretar y que toma en su fantasía figuras poéticas de tesoros encantados, ciudades *solagadas* y poderosas y opulentas razas míticas.

Por otra parte, la mitología gallega, como sus parientas próximas, la asturiana y la montañesa—que ofrecen, no obstante, ciertas diferencias—, pertenece al complejo nórdico. Tenemos nosotros, además de las *donas* de las fuentes, Nixos (*Xacíos*), en las ondas del Miño y del Arnoya, gigantes y enanos en los montes, brujas que vuelan, y, entre los hombres mismos, hay *nubeiros* o *escoleres*, hacedores de tempestades, que pueden subir a las nubes y guiarlas hacia donde quieran; *lobishomes* (*loup-garous*), que se vuelven lobos por efecto de una maldición o de un sino fatal; tenemos, como hemos visto, Trolls y Alps, y cortejos de ánimas y otros semejantes, que no se sabe bien lo que son... Es la mitología céltica y germánica, con muy poca o ninguna influencia clásica, pero semicristianizada muchas veces... Porque estamos convencidos de que Galicia, último rincón de la Península que Roma conquistó, se latinizó tan sólo al cristianizarse.

Es necesario vivir en la aldea para darse cuenta de la importancia que esto tiene, de que sin esta presencia de la fantasía, sin este ingrediente poético que ninguna «instrucción» puede sustituir, la vida del paisano, aunque la dotásemos de todos los «adelantos»—y acaso cuanto más la dotásemos, peor—, se hundiría en un materialismo irremediable.

Si se nos preguntase por la nota esencial, íntima, inalienable, de la mitología popular gallega, no podríamos señalar otra sino ese sentimiento de vaga nostalgia, que hemos mostrado ya, y que ha recibido los nombres de *morriña* y *saudade*, y que tan bien se combina, a veces hasta la indiferenciación, con el humor... Se trata ya de un lugar común; pero, si es verdad, ¿por qué hemos de avergonzarnos de repetirlo?